

Desfile de la quincena

PARIS

París se va, ó mejor, París se ha ido. Al eco de la campanilla presidencial, levantando la última sesión, los señores diputados han emprendido el vuelo, volviendo cada cual á su distrito á recibir las ovaciones, cuando no las encerradas, de sus queridos electores. Los jóvenes estudiantes de institutos, liceos ó academias aguardaban únicamente la *distribution des prix*, para huir á la desbandada, como pájaros escapados de la jaula, hacia los confines de las provincias más lejanas. Artistas y literatos han tomado así mismo el camino del campo, los unos para cosechar sus impresiones y notas de color, los otros sus documentos humanos para las futuras novelas á *sensation*. Hánse disuelto las formadas compañías de verso, música y baile, y con los cómicos, músicos y danzantes, temporalmente libres, se organizan *troupes* veraniegas, dispuestas á divertirse á los provincianos, ó bien á los parisienses que en estos meses calurosos se diseminan por las poblaciones balnearias ó por las playas á la moda. Nada hay que decir del gran mundo del *faubourg* y de los clubs, que siempre es el primero en dar el grito de ¡sálvese el que pueda! tomando, antes que nadie, excelentes posiciones en sus fastuosos cuarteles de verano.

Pero todos volverán, estos fugitivos del gran París... todos volverán, como las golondrinas de Becquer... y antes de tres meses veremos de nuevo instalado al senador en el Luxembourg, á la *cocotte* en el *quartier d'Europe*, al diputado en el palacio de Borbón, al comediante en su teatro del boulevard, al estudiante en el barrio latino, á la gran *mondaine* en el *faubourg Saint Germain*, y al pintor y al literato en las alturas simbólicas de *Montmartre*...

Mas ¡ay! que de estos desaparecidos unos tardarán mucho en volver, y algunos no volverán jamás.

Got, el famoso actor y decano de la Comedia, ha pedido su retiro, y ya no hemos de verle más en la «casa de Moliere», puesto que, queriendo consagrarse á la vida de familia, se casa á la edad de 74 años! con una alumna suya del Conservatorio, que tan sólo cuenta 17 primaveras. El archi-parisiense Tcheng-Ki-Tong, general del ejército chino, acaba de abandonar el barrio Marbeuf, embarcándose para el Extremo Oriente, á fin de tomar parte en la guerra que en aquellas remotas regiones han suscitado los acontecimientos de Corea. Por fin, el gran poeta Leconte de Lisle ha emprendido un viaje más largo todavía, el viaje eterno, pagando su tributo á la muerte, á pesar de su académica inmortalidad.

Digamos como el poeta: —¡Estos no volverán!

El fallecimiento del autor de los *Poemas bárbaros*, ha puesto sobre el tapete mil diversas cuestiones, más ó menos relacionadas con la personalidad moral y literaria del ilustre poeta desaparecido. Unos han tratado de fijar la fisonomía intelectual de Leconte de Lisle, una de las más raras, de las más paradójicas que hayan aparecido en las esferas de la lírica contemporánea. Profesando la más absoluta incredulidad, extrajo de las leyendas religiosas, si no todas sus concepciones poéticas, las más numerosas, y para decir verdad, las más bellas y más hondas. Estas religiones que detestaba, estas religiones que acusaba de haber producido todas las desdichas y todos los crímenes de la historia, le preocuparon sin cesar; y bien puede decirse que el poeta se ha pasado los días de su larga existencia fijando en versos, de una belleza serena é inmarcesible, estas tradiciones del espíritu de los pueblos, que, por otra parte, consideraba locas supersticiones y peligrosas quimeras. Como si fuera un superviviente ó un vate reaparecido de los tiempos paganos, estaba profundamente convencido de que un pueblo, el Heleno, había realizado una vez por todas el ideal de perfección, y que por consiguiente la humanidad debía aceptar el tipo de arte creado por los griegos, fuera del cual todo es barbarie y fealdad.

Esta arraigada convicción comunicaba á todas sus especulaciones y conceptos indudable aplomo y seguridad, seguridad y aplomo que acabaron por conquistar el espíritu de la nueva generación literaria, de aquellos discípulos pertenecientes á una edad en que se necesitan comunmente las afirmaciones dogmáticas de un maestro, para ahuyentar las propias dudas y vacilaciones. De ahí la escuela de los *parnasianos*, como por irrisión se llamó en su tiempo á los íntimos de Lisle, quienes adoptaron el mote con orgullo, abroquelándose con él, como tras un escudo de glorioso porvenir.

Algunos de aquellos discípulos, célebres en la hora presente y mucho más desengañados, á la verdad, de los antiguos ideales clásicos que en aquella edad dichosa de los veinte años, evocan en estos instantes la memoria de los famosos «sábados de Leconte de Lisle» como el recuerdo más hermoso de su lejana juventud. En el cuarto piso de una casa del boulevard de los Inválidos, donde vivía el orgulloso poeta y á la vez modesto conservador de la biblioteca del Senado, se reunían cada sábado por la noche los escogidos jóvenes, que más tarde habían de esclarecer su nombre en los fastos literarios de la Francia. Aquel cuarto piso era el santuario, la Meca sagrada á donde acudían los creyentes para adorar al dios, sin competencia en aquellos instantes, puesto que el otro dios de la poesía francesa, Víctor Hugo, permanecía en su destierro de Guernesey.

La guerra entre China y el Japon



Yamagata, presidente del Consejo privado del Japon.

El general conde de Yamagata pertenece, por su nacimiento, á elevada alcurnia, puesto que desciende en línea recta del emperador japonés Seiatenno.

El noble general vino á Europa en 1869, á fin de estudiar la organización de los ejércitos de Francia y Rusia, y al regresar á su país fué nombrado por el Mikado, ministro de la Guerra.



Bonzos japoneses tocando el gon ó el cimbalo

Sus triunfos militares son muy numerosos y á él principalmente se le deben la instrucción y organización á la europea del ejército japonés. Entre los altos cargos que ha ocupado Yamagata en su nación, se cuenta el de primer ministro y posteriormente el de presidente del Consejo privado, que es el que desempeña en la actualidad.



Lancero japonés (tropas del Saigoun)

Allí resonó por vez primera la voz metálica de Heredia, recitando sus sonetos maravillosos; allí se oyeron los más bellos fragmentos de *Hesperus*, dichos por Cátulo Mendes con precisión y claridad; allí con acento conmovedor leyó François Coppée las primicias de su *Bénédiction*; allí se revelaron, por la voz tierna de Sully-Prudhomme, las admirables páginas inéditas de las *Epreuves*; allí con palabra entrecortada iba soltando el primer esbozo de su original *Bonhomme* Villiers de l'isle-Adam; allí entraron desconocidos y de allí salieron aplaudidos y celebrados Paul Verlaine, Lafenestre, Glatigny, Dierx, Xavier de Ricard y tantos otros como actualmente lloran la pérdida del insigne maestro francés.

Apelando á una socorrida fórmula, diré que no ha sido menos sentida por el gran mundo de París la desaparición del general Tcheng-Ki-Tong, á quien el Gobierno chino acaba de reponer en sus grados y dignidades civiles y militares, gracias á los sucesos de Corea y á la benevolencia del virrey del Petchili. Siguiendo el ejemplo del famoso general alemán Juan de Thomeray, tan querido de los parisienses, quien instantáneamente se olvidó de sus *cocottes* y amigos de club del año 70, así que oyó sonar el primer disparo de los cañones prusianos, este hijo del Celeste Imperio, extraviado por el *Bulevard* y el *Bois de Bologne*, quiere sin duda redimir sus pasadas faltas, realizando con un poco de heroísmo su prestigio, un tanto marchito, á la verdad, por sus disipaciones de calavera incorregible.

Este «hijo del cielo» que con igual encanto y autoridad hablaba de la corte de Pekin que del *Moulin Rouge*, de las regatas imperiales del Dragón que de las carreras de Longchamps, ha constituido durante largos años lo que se llama una fisonomía parisiense. Con la notoriedad de literato que le habían dado sus *contes chinois*, con su elevada situación en la diplomacia oriental, y hasta con su aureola misteriosa de hombre de guerra y de amoríos, representaba Tcheng-Ki-Tong ese artículo de alta novedad, tan apreciado en los salones y en los *boudoirs* aristocráticos ¡el exotismo!

Porque este singular personaje, á pesar de su aclimatación á la vida cosmopolita, ofrecía á menudo un poco de este desdén altanero propio de su nación, así como un resto de orgullo atávico, atenuado por una gran filosofía y un conocimiento prolongado de las costumbres europeas. Las mismas páginas, que dedicó á referir el encanto secreto de las costumbres populares de su país y la penetrante poesía de las solemnidades religiosas de la China, están impregnadas de indefinible unción y de amorosa nostalgia para la patria remota.

Así se cuenta que una noche, en un gran salón de París, como Leconte de Lisle hiciese al general alguna broma un tanto pesada respecto á las ceremonias del culto budista que se estilan en China, Tcheng-Ki-Tong arguyó al viejo poeta con tales acentos de piedad filial para el país nativo, que sus palabras corteses y dignas conmovieron á todos los circunstantes.

Tal cariño por la patria no obstó por otra parte que su naturalización parisiense fuera tan completa, que, invitado una vez por el embajador del Celeste Imperio á tomar parte

en un banquete, compuesto exclusivamente de manjares al estilo de China... Tcheng-Ki-Tong padeció una indigestión.

Pero si el famoso general á consecuencia de la guerra del extremo oriente, quiere como buen chino dejarse otra vez crecer la coleta, en cambio se la corta definitivamente el imponderable Got, abandonando por siempre la escena de sus triunfos artísticos *Los sociétaires* de la Comedia-Francesa, en número de más de ochenta individuos, entre los cuales se contaban los Coquelín, Worms, Monnet-Sully, Le Bargy, Claretie, etc. etc., festejaron el otro día con una comida en Saint Germain á su gran decano, el ilustre Edmundo Got, con motivo de su cincuentenario escénico, que, como he dicho, coincide con su retiro del teatro francés.

Fué en efecto por el año de gracia de 1844 cuando Got debutó en la «casa de Molière» con un monólogo en verso, de Alejandro Duval, titulado *Les Héritiers*. Como que si la pieza era mala, la interpretación resultó mediocre, la crítica se mostró severísima así para el autor como para el debutante. Sin embargo este último tenía, como mil veces lo ha probado en su carrera gloriosa, un raro temperamento dramático, inteligencia é instinto superiores de su arte y un caudal inagotable de recursos escénicos, y según acontece á menudo entre bastidores, vió levantarse en contra suya por parte de sus compañeros de profesión un complot de enconados celos é insidiosas rivalidades.

En el campo de los intrigantes descolgó en primer término una hermosísima actriz, que más tarde llegó á condessa, gracias al enlace con un joven de la más rancia nobleza. La modesta cómica de aquel tiempo, que ni por asomo soñaba entonces con tal porvenir heráldico, hizo una guerra desapiadada al pobre novicio Got. Ansioso éste de poner término á las malévolas asechanzas de la actriz, y hasta de ganar, si podía, su voluntad, pensó que no le quedaba otro recurso sino tomar una resolución heroica: hacerle la corte, como así lo hizo, declarándole su volcánico amor.

La jugarreta tuvo un éxito maravilloso. La linda comedianta se chifló con su camarada hasta tal extremo, que una noche, terminada la función del teatro, la artista invitó al joven actor á que la acompañara hasta su habitación.

Got quedó confuso, puesto que aquel convite superaba exageradamente sus proyectos de conciliación... pero, nada más lejos de su pensamiento que aceptar, ni adquirir compromisos de aquel género... Todo al contrario. Sin embargo, no se atrevía á rehusar secamente la galante invitación de una mujer, que, una vez desdefiada, con seguridad redoblaría sus ataques y sus chismes de bastidores. La cuestión era rechazar el ofrecimiento, pero rechazarlo con gran delicadeza, con infinita dulzura. Y Got tomó el partido de hacerse el inocentón.

—Yo, yo acompañaros de noche á vuestra casa?... ¡Oh! ¡No penséis en tal locura! Qué dirían las gentes de nosotros?...

—Pues... ¿qué han de decir?—repuso la cómica—Desde el momento en que decís que me amáis!...

Got se veía perdido... pero en el mismo instante le bajó del cielo un rayo de suprema inspiración...

—¡No digáis que os amo! ¡Os idolatro! Pero, de todos modos, pensad que os idolatro... CON BUEN FIN!

Entre ruborizada y conmovida por aquella lealtad sin ejemplo, la hermosa actriz no insistió.

Y se tragó el anzuelo.

L' UTECE.

Interview con un chino

Los sucesos desarrollados entre chinos y japoneses que, como sabrán ustedes, han concluido por tirarse los *bibelots* á la cabeza, preocupan hoy la atención pública y han puesto de moda cuanto se relaciona con aquellos vastos imperios.

Hoy todo lo que tiene carácter chino ó japonés despierta la curiosidad de los lectores, ávidos de conocer con todos sus detalles los usos y costumbres de aquellos países.

No se ha podido explotar—*passer-moi le mot*—uno de los más poderosos recursos de la información, la *interview*, por no tener á mano ningún chino ni japonés para *interviewarles*.

He dicho por no tener á mano y creo que sería más exacto decir: por no saberlos encontrar.

Porque al fin, después de muchos cabildeos y de husmear por aquí y por allá, topé ayer de manos á boca con un chino, que ni llovido del cielo, el cual, con la amabilidad característica en los hijos del Celeste Imperio, accedió de buenas á primeras á responder á cuanto me vino en mientes preguntarle.

Pero no adelantemos los acontecimientos.

Antes que todo, según es uso y costumbre en las *interviews*, hay que poner al corriente al lector de los medios de que me serví para encontrar al complaciente chino de mi entrevista.

Dos días de preocupación constante, de pensar á todas horas ¿dónde encontraré mi chino? de devanarme los sesos en busca de él, bien merecen la satisfacción inocente de que me dé un poco de pisto, enterando á mis lectores de las pesquisas por mi realizadas.

Ayer al despertarme, después de haber fumado un poco de opio, se me ocurrió una idea luminosa.

¡Eureka!—exclamé, pegándome una palmada en la frente.

Y poco después decía para mi camiseta, (única prenda de vestir que tenía puesta):

—Parece mentira que no se me haya ocurrido antes la idea.

Y proseguí después:

—Verme negro para encontrar un chino, cuando, aquí, á las mismas puertas de Barcelona, se alza Pekin.

Eso no se le ocurre ni al mismísimo Ge-deón.

Y dispuesta á ir á Pekin por la *interview*, tomé el tranvía de vapor de Badalona, y á los pocos momentos me hallaba en plena población china.

El famoso barrio es un conjunto de miserables chozas, desparramadas aquí y allá, sin orden ni concierto.

Si puede calificarse de calles el espacio que media entre choza y choza, tendré que

decir que la policía urbana es letra muerta entre los hijos del Celeste Imperio.

Lástima de cloruro de cal, pensaba para mis adentros, al notar el tufillo mal oliente que se exhalaba de aquel suelo, sembrado de toda suerte de desperdicios, y de aquellas chozas en cuyo interior se adivina todo un poema de suciedad y de miseria.

Y me enfusqué en una serie de disquisiciones de carácter sanitario, bien ajenas por cierto al móvil de mi visita.

Volamos en sí dijeme al cabo y me dedi-qué con verdadero furor á la caza de un chino.

¡Un chino! calientes y gordas: el chino no parecía por ninguna parte.

—¡Tendré que renunciar á la entrevista! exclamaba indignado.

Y en un acceso de cólera, que Budha espero no me tenga en cuenta, maldije el Celeste Imperio, el Japón y sus hijos.

Las que únicamente se escaparon de mis maldiciones fueron las chinas y japonesas, pues aunque no he tenido el gusto de conocer personalmente más que á algunas de mentirijillas, siempre que las veo pintadas en un *paravent*, en un ventruado jarrón de porcelana ó en el país de un abanico, me hacen tilin con sus moños de rodete y las zapatillas que aprisionan aquellos diminutos piés que sin exajeración

cabrían en el cáliz de una rosa.

Ya llegaba á desconfiar de hallar un chino para *interview*, pues las calles estaban desiertas, cuando concebí un pensamiento del cual, modestia á un lado, me siento orgulloso.

Los chinos, pensé, estarán encerrados en sus covachas, tal vez embriagándose con los vapores del opio.

Hay que llamar á alguno, á cualquiera, para que la *interview* resulte y no se malogren mis trabajos.

Pero en aquellos domicilios ni hay aldaba ni puerta, ni cosa que lo valga.

La choza es para aquella gente lo que para las almejas la concha.

Y cavilando, discurrí un medio que supongo se usará en China en casos parecidos: tirar algunas chinitas á la choza.

El recurso surtió el resultado apetecido.

En un abrir y cerrar de ojos, se presentó ante mí, como si hubiese brotado de la tierra, un chino, ó cosa así, de faz terrosa, ojos oblicuos y cabeza rapada como una sandía.

El personaje en cuestión estaba desprovisto de coleta, sin duda se la cortó haciendo esta concesión capilográfica á las costumbres del país.

Miróme con ojos enfurecidos, con lo cual comprendí que había olvidado también el modo de llamar en China, y cuál no sería mi asombro, cuando dirigiéndose hacia mí exclamó en un catalán cerrado, en un barcelonés castizo, como pudiera hablarlo un pescador del Morrot:

¿Qu' hem de fé?

¡Confucio me valga! qué desilusión la mía; me faltó el suelo y tuve que apoyarme en la pared de una choza para no caer.

—¿Pero usted no es chino?—le pregunté, yo tartamudeando.

—Yo precisamente no lo soy, pero lo era mi abuelo.

—Del mal el menos, pensé algo más animado; siquiera ya que no pude dar con un chino auténtico, he hallado uno arreglado á la escena.... de San Martín de Provensals.

—¿Pero usted, repuse, sabrá algo de la China?

—De la China, sé lo que cantan en «La Verbena de la Paloma».

Un mantón de la China...

te voy á regalar.

—Ya es algo, pero desearía saber más. ¿Puede usted decir de que se alimentan los chinos?

—Los de allá comen el arroz blanco con palillos; nosotros cualquier cosa: hortalizas y redafios y desperdicios del Matadero.

—¿Usan postres los de su raza?

—Para desengrasar acostumbran á darse un atracón de mandarinas.

—Del teatro chino, qué me dice usted.

—Que no conozco otro teatro que un café cantante de San Martín de Provensals, donde nos reunimos algunos de la colonia china.

—¿Las mujeres serán bonitas y graciosas?

—Ya lo creo, como que todas dan el opio.

—¿Puede V. enumerarme algunos de los productos del suelo y de la industria en el Japón ó en la China?

El personaje de mi *interview* quedóse pensativo un momento, respondiendo después con el aplomo de un chino.

—En calidad de productos naturales puede apuntar el té y las mandarinas, entre los industriales cite V. los farolillos chinoscos, los mantones bordados, las zapatillas y los abanicos japoneses... de casa Cuadros.

—Y respecto al carácter de chinos y japoneses, tendría V. la amabilidad de proporcionarme algunos datos?

—De mis ascendientes sé que gastan malas pulgas y que por un quitame allá esas pajas se matan como chinos; respecto al japonés sólo sé lo que dicen en *Ki ki-ri ki*, que

Lo japonés es molt trempat, es molt viu y molt gat tan si ha perdut, com si ha guanyat lo japonés es molt trempat.

—Bravo, magnífico,—exclamé—«qué datos para la historia.»

¿Y de literatura y de arte chinoscos ó japoneses qué puede usted decirme?

—Nada.

—¿Y de política, de organización militar, etc., etc?

—Ni una palabra.

Dí, pues, por terminada tan interesante conferencia y me apresuré á extender las notas que tomé de cuanto habló el complaciente chino.

Gracias á él, mis lectores habrán podido saborear esta *interview*, que si alguna inexactitud contiene es disculpable, pues al fin y al cabo de cosas de la China se trata.

Siempre es preferible, según me hizo notar con mucha oportunidad mi discreto *interviewado*, pues vale más pecar por carta de menos, que engañar al lector como á un chino.

F. BAGET

Impresiones bursátiles

La favorable situación en que se mantienen las plazas reguladoras y particularmente la de París, hace que en nuestro mercado se sostenga con buena tendencia la cotización de valores del Estado, notándose al propio tiempo alguna mayor animación en los corros. En Bolsa empezó á operarse en renta interior al tipo de 69'15 y en exterior á 79'65 siguiendo estos valores un curso sostenido hasta el cierre en que quedaron respectivamente á 69'17 1/2 y 79'80.

Los locales dieron menos juego que las rentas, pues sólo se operó en Coloniales y Nortes y algo en Orenses, pero la tendencia fué más firme que anteaer.

En el Casino Mercantil abrió el 4 por 100 interior á 69'22 y el exterior á 79'77, siendo insignificantes las oscilaciones que sufrieron durante la sesión y dando el cierre las diferencias que á continuación consignamos:

	Anteaer	Ayer	Diferencias.
4 por 100 Interior.	69'05	69'25	alza 0'20
Idem Exterior.	79'37	79'82	id. 0'45
Coloniales.	40'70	40'80	id. 0'10
Nortes.	24'90	24'95	id. 0'05
Francias.	24'65	00'00	0'00

El cambio de francos sin variación.

VERANEOS

Señor Director de LA VANGUARDIA.

Salir de Madrid en verano; este es el fin para el cual viven muchas personas en Madrid; y á su realización hacen concurrir todas sus energías y medios de subsistencia.

Salir de Madrid en verano, aunque sea para ir deportado á Fernando Póo, ó conducido por la guardia civil, pero, al fin, salir.

Quedarse es una desventura, por la vergüenza que pasa yendo por las calles de la Corte cualquier persona que se precie de lavarse con jabón de olor.

Algunos consideran casi un crimen el estar aquí, y andan ocultándose de los amigos y hasta de la policía.

Cuando son *habidos*, da gusto ver como aguzan el ingenio para disculparse.

—¿Usted por aquí todavía?— Este todavía es una puñalada para el chico de Mendruguela, que contesta medio turbado.

—Diré á usted, lo tenía ya todo dispuesto para irme á cazar osos á la Siberia, pero el Ministro me ha suplicado que le ayude á confeccionar los presupuestos... además, como le han anunciado en el Congreso una interpelación sobre los derechos de exámenes cobrados en los institutos por la clase de gimnasia y de la cual nadie se examina, me ha encargado la contestación en octavas reales; de manera que, caso de poderme marchar, sólo podré llegar á los Pirineos.

Pero hay quien tiene suficiente entereza para ir por la calle y hacerse el desconocido hasta de los amigos más íntimos.

Así como hay quien viaja de incógnito, algunos se quedan también en Madrid de riguroso incógnito, negando su verdadera personalidad, variando de traje é introduciendo radicales modificaciones en la topografía de su semblante.



Un elegantón, que vive en el segundo de mi casa, sale de su habitación lo más preciso, con un gran sombrero pavoro echado sobre la cara y una nariz postiza. Eso después de haberse afeitado el bigote y ponerse unas patillas postizas.

Otro que tiene forzosa la asistencia á la oficina, va y viene metido bajo un asiento del tranvía previa gratificación al revisor de billetes.

La otra tarde entró en el coche una señora con perrito, el cual, después de gruñir un rato, empezó á morder los elásticos de las botas al joven oculto; la dueña del perro y demás señoras lanzaron un grito de terror.

—Salga usted de ahí—decían indignados algunos señores, pinchándole con los bastones.

—Señores—dijo el revisor saliendo al quite—hagan el favor de dejar en paz á ese caballero; es un individuo de la *secretaria* contratado por la Empresa, por si se metiera en el tranvía algún dinamitero.

Estas palabras calmaron los ánimos de los viajeros.

Cuando el joven oculto fué á bajar del coche estrechó con efusión la mano del revisor.

—Debo á usted la vida—le dijo—si me hubiese visto obligado á salir tenía que pegarme un tiro, pues venían en el coche nada menos que las de Memeces y no hubiera po-

dido sobrevivir al bochorno que me esperaba. Conste que le quedo altamente reconocido y, si alguna vez atropella usted á alguien ó le multan por llevar exceso de pasajeros, cuente con la protección de mi papá, empleado en los tribunales de Justicia.



—Yo no sé como hay quien se marcha de Madrid en busca de fresco—me decía hace pocos días un madrileño neto—en Madrid se encuentra de todo sabiéndolo buscar.

Yo vivo en un sotabanco donde se cuecen los garbanzos con el calor ambiente, pero yo no noto el calor, porque en las horas que más aprieta me saigo á recorrer sastrerías, cosa que me refresca mucho.

—¡Caramba! Yo comprendo que refrescara usted recorriendo horchaterías, pero talleres de sastrer....

—Pues, si señor; me meto en un establecimiento de ropas hechas y pido un pantalón á mi medida. Paso á la trastienda, me desnudo, y, entre que me pruebo un pantalón, lo desecho por ancho, otro por corto y otro por largo, paso media hora en paños menores en locales generalmente frescos. Tengo buen cuidado de no cerrar el trato y me voy á otra sastrería. Así me defiendiendo en las horas de más calor. Una cosa parecida hago así que se me caldean los piés, en las tiendas de calzado.

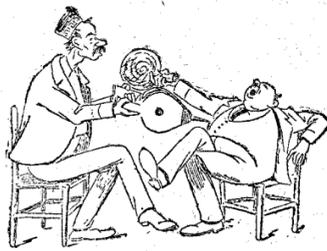
—Sin embargo, por la noche sudará usted de lo lindo en su cuchitril.

—No, porque me sube la portera un chico de horchata helada y con ella unto la cama antes de acostarme y además tengo la precaución de jugar unas partidas de carambolas rusas, cosa muy recomendable en época de verano.



Mire usted—añadió quitándose el sombrero—sobre la calva llevo siempre unas hojas de lechuga; y, así que se cuecen, las tiro y me pongo otras de frescos que, á prevención, llevo de repuesto en el bolsillo de la chaqueta. Y en cuanto á respirar aires puros me río yo de las brisas marítimas del Cantábrico; cuando me place llamo al dueño de la tienda de ultramarinos de al lado y nos pasamos las horas sentados uno frente al otro; yo le hago aire con el sopillo de la cocina y el me corresponde soplándome con un fuelle de chimenea, y como con antelación, colocamos dentro del fuelle unos trozos de sardina, sale el aire embalsamado de efluvios marítimos como si realmente estuviésemos en la Concha de San Sebastián.

MELITÓN GONZÁLEZ.



—Pues me voy á permitir recomendarle un nuevo detalle—le dije—eche usted arena por el suelo y pinte el *Conde de Venadito* en la pared de su cuarto.

LA VANGUARDIA POR TELÉGRAFO

DE SUS CORRESPONSALES PARTICULARES
INFORMACIÓN POLÍTICA Y GENERAL

Desde Tánger

Tánger, 9, 7 noche.

Ha salido de esta capital para Fez el príncipe de Borbón Braganza.

Supónese que el objeto del príncipe es conferenciar con el Sultan Abd-el-Azis.

También se dice que conferenciará con otras personas importantes del Imperio marroquí.—Z.

Desde Madrid

Un ladrón...?

Madrid 9, 5'15 mañana. (Urgente).

A las tres de esta madrugada se ha encontrado en el portal de la casa núm. 4, de la calle de Bárbara Braganza, un joven bien vestido que ha infundido sospechas á la policía.

Ha sido detenido, y al registrarle se le ha encontrado un puñal, un revólver, una ganza y varias llaves.

Sostenía relaciones amorosas con la hija de la inquilina de la casa doña Ramona Salomón.

La policía cree que se trata de un ladrón que enamoraba á la muchacha con objeto de robar.—F.

El cólera en Marsella

Madrid 9, 3'30 tarde.

El telegrama de Marsella que hoy ha recibido el ministro de la Gobernación, relativo al cólera, contradice, según se afirma, el que se recibió anoche en el ministerio de la Gobernación, que transmitió en lo esencial.

Hoy dicen los doctores Veranes y Mendoza al señor Aguilera que las autoridades francesas les prohíben en absoluto visitar los hospitales.

A consecuencia de esta conducta observada por las autoridades de Marsella, el ministro de la Gobernación se ha dirigido á su compañero de Estado, señor Moret, para pedirle que entable las oportunas reclamaciones con el Gobierno francés, en demanda de apoyo para el cumplimiento de la misión confiada á los dos aludidos facultativos españoles.

Los doctores Veranes y Mendoza dicen además que siguen registrándose nuevos casos de cólera y que la epidemia tiende á propagarse de la capital del departamento á los pueblos circunvecinos.—S.

Impresiones de un periódico

Madrid 9, 10 noche.

De una conversación que el corresponsal

de *El Heraldo* ha tenido con varios carlistas que se hallan en el Norte, deduce dicho periódico las siguientes conclusiones:

Que el viaje de Don Jaime de Borbón á España no ha satisfecho al marqués de Cerralbo ni á sus amigos.

Que sólo irán á Venecia algunos diputados, y que esto es interpretado en el sentido del disgusto que aquel viaje ha ocasionado.

Algunos amigos del marqués de Cerralbo dicen, según me aseguran que el señor Nocedal fué á Pamplona á contener la desbandada de sus amigos, y que se quedará sólo.

Añaden que en Navarra se prepara un buen recibimiento al diputado carlista señor Mella.

Varias noticias

Ha llegado al Ferrol la corbeta *Nautilus*.

—La anunciada reunión de carlistas en Santa María de las Huertas, residencia del señor marqués de Cerralbo, ha carecido de interés.

—Han celebrado una conferencia los ministros de la Gobernación y de Estado.

En esta conferencia se ha tratado acerca de la fórmula de reclamar del Gobierno francés que se permita á los médicos españoles enviados á Marsella que puedan visitar los hospitales de aquella ciudad.—S.

Telegramas del extranjero

Chinos y japoneses

París 9, 8 mañana.

El día 6 del actual sostuvieron un combate las fuerzas chinas y japonesas.

En esta batalla los chinos tuvieron quinientas bajas entre muertos y heridos, y perdieron las fortificaciones de Seikjan.

Han resultado completamente inútiles las gestiones hechas por los gobiernos de San Petersburgo y Londres para conseguir la paz entre la China y el Japón.

Inglatera ha declarado oficialmente su neutralidad en la cuestión chino-japonesa.

El Gobierno de Pekin insiste en afirmar la soberanía del imperio Chino sobre la península de Corea.

Casos de cólera en Londres

Practicada la autopsia á los cadáveres de los que fallecieron á bordo del *Baltimore*, en Londres, se ha confirmado que todos ellos murieron de cólera morbo asiático.

Insurrección del Perú

Comunican de Valparaiso que las tropas enviadas por el Gobierno del Perú para reprimir la rebelión han hecho causa común